
Bock, Gisela. "La historia de las mujeres y la historia del género: Aspectos de un debate internacional", *Historia Social*, 9 (España, Universidad de Valencia, Instituto de Historia Social, 1991) 55-77. ["Women's History and Gender History: Aspects of an International Debate", *Gender and History*, 1:1 (1989) 7-30].

La historia de las mujeres y la historia del género: Aspectos de un debate internacional*

Hace sólo unos años la pregunta: ¿Existe una historia de las mujeres? distaba mucho de ser retórica, pues la historiografía tradicional ha excluido a las mujeres de la historia "universal" o "general", ora de manera involuntaria, ora dejándolas fuera de sus programas.¹ Entretanto, la pregunta ha hallado respuesta, en parte, porque se ha ampliado el campo de la investigación y por el impacto, aunque todavía modesto, que han tenido la historia de las mujeres y las historiadoras en el ámbito de la profesión. Algunas revistas de historia con implantación en los Estados Unidos, Suiza, Italia, Suecia y Dinamarca se han arriesgado a dar el paso de dedicar algunos números tanto a la historia de las mujeres como a una nueva generación de historiadoras.² Así hemos

* Publicado en *Gender and History*, vol. 1, nº 1 (Primavera 1989).

¹ Carl N. Degler, *Is There a History of Women?*, Oxford, Oxford University Press, 1975; Michelle Perrot, ed., *Une histoire des femmes est-elle possible?*, París, Editions Rivages, 1984. Según Eduard Fueter, *Geschichte der neueren Historiographie*, Munich, 1925, 1ª ed. 1911, Bocaccio había "abandonado el campo de la historia en general" porque había escrito biografías de mujeres, al contrario de Petrarca que había escrito biografías de hombres, pp. 6, 7.

² *American Historical Review*; 89/3, 1984; *Schweizerische Zeitschrift für Geschichte*, 34/3, 1984; *Quaderni Storici*, 44, 1980; *Historisk tidsskrift*, 3, 1980 y 1, 1987; *Den tyske Historiker*, 18, 1980; *Historievidenskab*, 21, 1980. Se puede seguir el desarrollo de la investigación en las bibliografías y las publicaciones de las fuentes: Jane Williamson, *New Feminist Scholarship: A Guide to Bibliographies*, Old Westbury, Feminist Press, 1979; Maureen Ritchee, *Women's Studies: A Checklist of Bibliographies*, Londres, Mansell, 1980; Hans Sveistrup y Agnes Zahn-Harnack, *Die Frauenfrage in Deutschland, 1790-1930: sachlich geordnete unterläutete Quellenkunde*, Munich, 1934, reedición, K.G.Saur, 1984; *Deutscher Akademikernbündel*, ed., *Die Frauenfrage in Deutschland: Bibliographie 1931-1980*, compilado por Ilse Delvendahl; Munich, H.G. Sauer, 1982; Linda S. Frey, Marsha L. Frey, Joann Schneider, *Women in Western European History: A Select Chronological, Geographical and Topical Bibliography from Antiquity to the French Revolution*, Brighton, Harvester, 1982; Sarah B. Pomeroy, Ross S. Kraemer, Natalie Kampen, "Selected Bibliography on Women in Classical Antiquity", en *Women in the Ancient World: The Arethusa Papers*, John Peradotto y J. P. Sullivan, eds, Albany, Suny Press 1984, pp. 315-72; V. F. Gilbert y D. S. Tatta, *Women's Studies: A Bibliography of Dissertations 1870-1982*, Oxford, Blackwell, 1965; Resúmenes de estudio de mujeres, 1, 1972 y sigs.; *The Women's Review of Books*, 1983 y sigs.; Margaret Barrow, *Women 1870-1928: A Select Guide to Printed and Archival Sources in the U.K.*, Londres, Mansell, 1981; Jeffrey Weeks, "A Survey of Primary Sources and Archives for the History of Early 20th Century English Women", en *Women of England from Anglo-Saxon Times to the Present. Interpretive Bibliographic Essays*, Barbara Kanner, ed., Londres, Mansell, 1980, pp. 388-418; Karin Schatzberg, *Frauenarchive und Frauenbibliotheken*, Göttingen, Herodot, 1985. Entre las



descubierto no sólo que la historia de las mujeres ha emergido en las dos últimas décadas, sino también la existencia de una larga tradición de historiadoras que han orientado su estudio hacia ese campo, una tradición que las instituciones académicas de esta profesión habían borrado o relegado a un segundo plano.³ La búsqueda de una historia de las mujeres ha estimulado la reflexión sobre lo que podría significar dicha historia, sobre las implicaciones que tiene para el resto de la historiografía y sobre la relación que debería tener con una verdadera historia general, con una historia en la que las mujeres, del mismo modo que los hombres, tengan un lugar.

El cometido de “restituir las mujeres a la historia” condujo pronto a otro: el de “restituir la historia a las mujeres”.⁴ La experiencia de las mujeres y la experiencia femenina tienen una historia que, aunque no es independiente de la de los hombres, es, sin embargo, una historia propia: de las mujeres como mujeres. Y para explorarla, las jerarquías entre lo históricamente importante y lo trivial tenían que ser trastocadas. Por todo ello, lo que las mujeres han hecho, deberían hacer y quieren hacer está siendo objeto de análisis y reevaluación. A pesar de que los resultados son múltiples, heterogéneos y, a veces, controvertidos, Maïté Albistur ha señalado recientemente dos rasgos comunes: “No hay duda de que la trama de la historia de las mujeres presenta la misma complejidad que la de los hombres. Pero podemos suponer que el tiempo, tal como lo vive la parte femenina de la humanidad, no transcurre según los mismos ritmos ni es percibido de la misma manera que el de los hombres”.⁵ Por una parte, la

colecciones de documentos fundamentales se encuentran: Ema O. Hellerstein, Leslie P. Hume, y Karen M. Offen eds., *Victorian Women. A Documentary Account of Women's Lives in 19th Century England, France and the United States*, Stanford, Stanford University Press, 1981; Susan Croag Bell y Karen M. Offen, eds., *Women, the Family and Freedom. The Debate in Documents*, vol. I: 1750-1880, vol. II: 1880-1950, Stanford, Stanford University Press, 1983; Duane R. Bogenschneider ed., *The Gerritson Collection of Women's History, 1543-1945: A Bibliographic Guide to the Microform Collection*, 3 vols., Stanford, Carolina del Norte, Microfilming Corporation of America, 1983.

³ Kathryn Kish Sklar, “American Female Historians in Context, 1770-1930”, en *Feminist Studies*, 3/1-2, 1975, pp. 171-84; Natalie Z. Davis, “Gender and Genre: Women as Historical Writers, 1400-1820”, en *Beyond their Sex: Learned Women of the European Past*, Patricia H. Labalme, ed., Nueva York/Londres, New York University Press, 1980, pp. 153-82; Bonnie G. Smith, “The Contribution of Women to Modern Historiography in Great Britain, France and the United States, 1750-1940”, en *American Historical Review* 89, 1984, pp. 709-32; de la misma obra, “Seeing Mary Beard” en *Feminist Studies* 10/3, 1984, pp. 399-416; Joan Thirsk, el prólogo de *Women in English Society 1500-1800*, Mary Prior, ed., Londres/Nueva York, Methuen, 1985, pp. 1-21; Karen Offen, “The Beginning of ‘Scientific’ Women's History in France 1830-1846”, en *Proceedings of the 11th Annual Meeting of the Western Society for French History*, 3-5 November 1983, Lawrence/Kansas, University of Kansas, 1984, pp. 255-71.

⁴ Joan Kelly-Gadoll, “The Social Relation of the Sexes: Methodological Implications of Woman's History”, en *Sings* 1, 1976, pp. 809-24, esp. p. 809; reeditado en Joan Kelly, *Women, History and Theory*, Chicago/Londres, University of Chicago Press, 1984.

⁵ Maïté Albistur, “Catalogue des Archives Marie-Louise Bouglé à la Bibliothèque de la ville de Paris”, mecanografiado, p. 2. Interesantes visiones de conjunto sobre conclusiones y debates recientes son las de Natalie Zemon Davis, “‘Women's History’ in Transition: The European Case”, en *Feminist Studies* 3/3-4, 1976, pp. 83-103; Sheila Ryna Johansson, “‘Herstory’ as History: A New Field or Another Fad?”, en *Liberating Women's History*, Berenice A. Carroll, ed., Urbana, University of Chicago Press, 1976, pp. 400-30; Susan Carol Rogers, “Woman's Place: A Critical Review of Anthropological Theory”, en *Comparative*



historia de las mujeres coincide con la de los hombres en tanto en cuanto que es igual de rica y complicada, y no es lineal, lógica ni cohesiva. Por la otra, es diferente de la de los hombres, y es precisamente esta diferencia lo que la hace merecedora de estudio, una diferencia que puede abarcar a la vez el contenido de la experiencia histórica y la experiencia del tiempo mismo.⁶

El hecho de que la historia de las mujeres tenga un carácter autónomo y sea distinta de la de los hombres, no quiere decir ni que sea menos importante ni que plantee simplemente un problema “especial” o “específicamente femenino”.⁷ Significa, más bien, que debemos reconocer que la historia general ha sido hasta el momento específica del varón, y que la historia de las mujeres debe considerarse tan general como la del “otro” sexo. Pero es más, la diferencia entre la historia de los hombres y la de las mujeres no implica que esta última sea idéntica para todas las mujeres; las mujeres no tienen todas la misma historia. La conciencia de la alteridad, de la diferencia, de la desigualdad entre la historia femenina y la masculina ha venido a complementarse con una conciencia y un estudio histórico de la alteridad, de las diferencias, y de las desigualdades entre las propias mujeres. En esta dirección, la revista italiana de historia de las mujeres, *Memoria*, destinó uno de sus números al tema “piccole e grandi diversità” (pequeñas y grandes diferencias).⁸

La diversidad de experiencias y situaciones femeninas que han salido a la luz ha sido consecuencia, entre otras cosas, de que la historia de las mujeres haya tenido que

Studies in Society and History, 20, 1978, pp. 1223-62; Lerner, *Majority* (véase nota 12 más abajo); Barbara Sicherman et al; *Recent U.S. Scholarship on the History of Women. A Report presented at the XV International Congress of Historical Sciences, Bucarest*, American Historical Association, 1980; Jane Lewis, “Women Lost and Found: The Impact of Feminism on History”, en *Men’s Studies Modified: The Impact of Feminism in Academic Disciplines*, Dale Spender, ed., Oxford, Pergamon, 1981, pp. 55-72; Elisabeth Fox-Genovese, “Placing Women’s History in History”, en *New Left Review*, 173, 1982, pp. 5-29; Olwen Hufton y Joan W. Scott, “Women in History” en, *Past and Present*, 101, 1983, pp. 125-57; Nancy A. Hewitt, “Beyond the Search for Sisterhood American Women’s History in the 1980s”, en *Social History* 10, 1985, pp. 299-321; Judith Allan, “Evidence and Silence: Feminism and the Limits of History”, en *Feminist Challenges*, Carole Pateman y Elisabeth Gross, eds., Sydney, Allen and Unwin, 1986, pp. 173-89; Karin Hausen, ed., *Frauen suchen ihre Geschichte*, Munich, Beck; Ute Frevert, “Bewegung und Disziplin in der Frauengeschichte”, en *Geschichte und Gesellschaft* 14, 1988, pp. 240-62; ediciones especiales de *Memoria*, 9, 1983, y *Storia in Lombardia*, 2, 1985, pp. 125-42; Paola Di Cori, “Prospective e soggettii nella storia delle donne”, en *La ricerca delle donne*, Turín, Rosenberg and Sellier, 1987, pp. 96-111; Gianna Pomata, *Comment*, pp. 112-22; Marina Addis Saba et al., *Storia delle donne-una scienza possibile*, Roma, Felina, 1986; Michelle Perrot, “Sur l’histoire des femmes en France”, en *Revue du Nord*, 63/250, 1981, pp. 569-79; Cécile Dauphin et al., “Culture et pouvoir des femmes: essai d’historiographie”, en *Annales E.S.C.*, 41, 1986, pp. 271-93.

⁶ Natalie Zemon Davis, “Women’s History as Women’s Education”, en Natalie Zemon Davis y Joan W. Scott, *Women’s History as Women’s Education*, Northampton, Massachusetts, Smith College, 1985, p. 16; Hester Eisenstein y Alice Jardine, eds., *The Future of Difference*, Boston, G. K. Hall and Bernard Women’s College, 1980, p. XVIII; Kelly-Gadol, *Social Relation*, pp. 810-12.

⁷ Este modo de analizar lo relativo a las mujeres como un “caso especial” se hace patente en el uso pertinaz de ciertos términos: “frauenspezifisch”, “‘especialmente’ femenino”, “la ‘spécificité’ féminine”, “la ‘specificità’ femminile”, etc.

⁸ *Memoria: Rivista di storia delle donne*, 2, 1981; véase también Paola Di Cori, Introd. a *Memoria*, 15, 1985: “Culture del femminismo”.



abordar visualmente todos los dominios de la sociedad: los ámbitos en los que sólo tienen presencia las mujeres (como las organizaciones de mujeres, la cultura de las mujeres, las labores domésticas modernas), aquellos en los que las mujeres resultan ser mayoría (como los sujetos de la caza de brujas y de la asistencia benéfica), aquellos en los que igualan en número a los hombres (las familias, las relaciones sexuales, las clases, las minorías étnicas), aquellos en los que las mujeres son una minoría en relación a los hombres (como el del trabajo fabril y el de la historiografía) y, finalmente, aquellos en los que están ausentes en su conjunto (como el del sufragio “universal” en el siglo XIX y gran parte del siglo XX). Es decir, la historia de las mujeres sólo puede ser comprendida en plural, no en singular, pero su variedad existe en el contexto de la compleja historia de la totalidad del sexo femenino.

La historia de las mujeres ha hecho uso de todos los métodos y enfoques de que disponen los historiadores, con inclusión de la biografía, la historia cultural, antropología, económica y política, la historia de las mentalidades y de las ideas, la historia de tradición oral y los métodos preferidos de la historia social, tales como el estudio de la movilidad, de la demografía histórica y de la historia de la familia.⁹ De hecho, la originalidad de la historia de las mujeres y del género no reside tanto en sus métodos, o en un método único, como en las preguntas que plantea y en las relaciones de conjunto que establece. Al igual que en el resto de la historia, ni las preguntas ni las relaciones de conjunto son neutrales, y su elección depende de decisiones previas, decisiones que pueden ser conscientes o inconscientes, políticas o teóricas; precisamente en función de ellas las fuentes empiezan a tener significado.

La experiencia y el pensamiento feminista influyen en la historia de las mujeres, a menudo por el deseo de contribuir al cambio social. Aunque este tipo de motivaciones ilumina nuestra comprensión del mundo, a veces pueden suponer una desventaja en cuanto a la historia se refiere; a saber: cuando los valores y los ideales de hoy se proyectan anacrónicamente sobre el pasado. Al considerar el pasado sólo en función del presente o como un instrumento de éste, corremos el peligro, sobre el que ya nos ha alertado una historiadora, de sucumbir al vicio profesional de muchos historiadores, y evitar, de ese modo, la posibilidad de mantener “un verdadero diálogo con las mujeres del pasado”.¹⁰

Tomando el hilo de la diversidad de colectivos y la diversidad de métodos, citemos un ejemplo que ilustra a la perfección la diferencia entre la historia de las mujeres y la de los hombres, y las diferencias entre las propias mujeres. En la Italia de principios de la Edad Moderna, en los siglos XVI y XVII para ser precisos, surgieron

⁹ Para la relación entre uno de estos métodos y la historia de las mujeres véase Louise A. Tilly, “Women’s History and Family History: Fruitful Collaboration or Missed Connection?”, en *Journal of Family History*, 12, 1997, pp. 303-15; Barbara Caine, “Family History as Women’s History: The Sisters of Beatrice Webb”, en *Feminist Studies*, 12, 1986, pp. 294-319.

¹⁰ Gianna Pomata, en *La ricerca delle donne*, Maria Cristina Marcuzzo y Anna Rossi-Doria, eds., Turín, Rosenberg and Sellier, 1987, pp. 119-20.



formas de asistencia benéfica causadas por periodos de crisis económica, plagas y por el aumento de la población urbana. La mendicidad fue rigurosamente prohibida en las ciudades y se crearon nuevas instituciones para recluir a los pobres. En la historiografía tradicional se ha considerado este hecho como un *grand renfermement*, “gran encierro” (Foucault), que creó las bases para el desarrollo del capitalismo y de la fuerza de trabajo masculina que éste necesitaba, aterrorizando a quienes se negaban a trabajar o se suponía que se negaban, y señalando con un letrero a los pobres indignos. Análisis más minuciosos han dejado claro, no obstante, que la gran mayoría de los encerrados eran mujeres a las que tradicionalmente se reconocía como parte de los pobres indignos. Y lo cierto es que algunas de las instituciones más importantes pronto quedaron reservadas exclusivamente a las mujeres: éste es el caso del *Ospedale dei Mendicanti* de Florencia. Mientras que la pobreza en el varón, sobre todo la mendicidad, se interpretaba como una negativa al trabajo, en la mujer se explicaba como la pérdida, o la amenaza de pérdida, de su “honor femenino”. Por *onore femminile* se entendía la integridad sexual, un criterio social que se aplicaba también al resto de las mujeres.

En las ciudades se creó una red todavía más diferenciada de instituciones de tipo conventual, donde buscaban cobijo o se obligaba a permanecer durante períodos de tiempo variables a las mujeres de vida “irregular”: maltratadas, esposas abandonadas o rebeldes, adúlteras, antiguas prostitutas, viudas, ancianas, huérfanas e hijas de padres pobres. A menudo, en especial cuando se trataba de mujeres jóvenes, sólo se admitía a las guapas, ya que el honor sexual de las lisiadas, las enfermas o las feas no parecía correr peligro alguno: “Las pobres chicas que carecían de otra dote o ayuda que no fuese su belleza” -observaba cierto autor en 1674- no tendrían que “vender su único capital, su castidad, a un precio miserable con el solo fin de sobrevivir un día”.¹¹ La función de dichas instituciones consistía, por un lado, en preservar o restablecer la honra femenina -de aquí el nombre de *conservatori*- substituyendo a la familia que tenía que haber actuado como protectora del honor, y, por el otro, en ayudar a las internas a encontrar el medio de reintegrarse a la vida normal, buscándoles medios: una dote para casarse o para ingresar en un convento, o apoyo para encontrar un trabajo de criada. En la Florencia de 1632, el 75 por cien de los internados en las instituciones benéficas eran mujeres, y éstas constituían aproximadamente una vigésima parte de la población femenina. De aquí que la experiencia femenina de la pobreza y de la asistencia benéfica fuese distinta a la de los hombres; no era una experiencia común a todas las mujeres,

¹¹ Citado en Luisa Ciammitti, “Quanto costa essere normali. La dote nel Conservatoria femminile di Santa Maria del Baracano (1630-1680)”, en *Quaderni Storici*, 53, 1983, p. 470; ofrece un especial interés: Daniela Lombardi, *Povertá maschile, Povertá femminile: L’Ospedale del Mendicante nella Firenze medicea*, Bologna, Il Mulino, 1988, esp. pp. 202-3; Lucia Ferrante, “‘Malmaritate’ tra assistenza e punizione”, en *Forme e noggetti dell’intervento assistenziale in una città di antico regime*, Bologna, Istituto per la storia di Bologna, 1986, pp. 65-109; Sandra Cavallo, “Assistenza femminile e tutela dell’onore nella Torino del XVIII secolo”, en *Annali della Fondazione Luigi Einaudi*, 14, 1980, pp. 127-55; Sherill Choen, “Convertite e malmaritate: Donne ‘irregolari’ e ordini religiosi nella Firenze rinascimentale”, en *Memoria*, 5, 1982, pp. 46-63; Volker Hunecke, “Überlegungen zur Geschichte der Armut in vorindustriellen Europa”, en *Geshichte und Gesellschaft*, 9, 1983, pp. 480-512.



sino de una minoría. Y, no obstante, la experiencia de esta minoría respondía a la imagen y a la realidad del sexo femenino en su conjunto.

El género como categoría social, cultural e histórica

Al estudiar el pasado de las mujeres, la observación de que ellas constituyan la mitad de la humanidad, e incluso más de la mitad en algunos países y períodos, ha supuesto un importante punto de partida; no en vano, una destacada y prestigiosa aportación al respecto lleva el título de *The Majority Finds Its Past* (“La mayoría encuentra su pasado”).¹² En términos conceptuales, esta observación lleva un principio implícito: separar la historia de las mujeres de la historia en general no es, en absoluto, menos espinoso que separar la historia de los hombres -y más aún en el caso de una verdadera historia general- de la historia de las mujeres. Porque la historia de las mujeres no concierne a media humanidad únicamente sino a toda ella.

Los esfuerzos por unir la historia de una mitad con la de la otra, y éstas con la historia en general, han dado un paso crucial al concebir a las mujeres como un grupo sociocultural, esto es, como un sexo. A consecuencia de ello, los hombres se hacen visibles como seres sexuales también, de modo que se ofrece una nueva perspectiva que ya no se centra exclusivamente en la mujer y los temas de la mujer, sino en todos los temas históricos.¹³ Desde mediados de los años setenta, se ha introducido el género (*Geschlecht, genere, genre, geschlecht*) como una categoría fundamental de la realidad social, cultural e histórica, y de la percepción y el estudio de dicha realidad, a pesar de que esta nueva acepción, que en algunos idiomas supone una trasposición de un concepto gramatical a otro sociocultural de carácter más amplio, tenga distintas connotaciones lingüísticas y culturales en diferentes lenguas.¹⁴ Una de las razones esenciales de la introducción del término “género” en este amplio sentido y de su rápida difusión como sustituto de la palabra “sexo” (al menos en inglés), ha sido la confirmación de que “la

¹² Gerda Lerner, *The Majority Finds Its Past: Placing Women in History*, Nueva York, Oxford University Press, 1979.

¹³ Elisabeth Gross, “What is Feminist Theory?”, en *Feminist Challenges*, Carole Pateman y Elisabeth Gross, eds., Sydney, Allen and Unwin, 1986, p. 194.

¹⁴ Joan W. Scott, “Gender: A Useful Category of Historical Analysis”, en *American Historical Review*, 91, 1986, pp. 1053-75, esp. pp. 1053-4; Paola Di Cori, “Dalla storia delle donne a una storia di genere”, en *Rivista di storia contemporanea*, 16, 1987, pp 548-59, esp. pp. 554-7 si se desea comparar “gender” en inglés con el *genere* en italiano. El término alemán *Geschlecht* significa sexo, género gramatical y fisiología sexual, pero también, “generación” y “linaje” o “parentesco”, y el compuesto *Menschesgeschlecht* se traduce como “la raza humana” o “el género humano”. En francés se ha mantenido el concepto único de *sexe* que, ahora, ha venido a ser complementado con la palabra *genre*, siguiendo un proceso análogo al italiano; Dauphinet *al.*, *op. cit.*; *Les Cahiers du Grif*, 37-38, Primavera 1988, edición especial sobre “Le genre de l’histoire”, ed Tierce. Un grupo internacional de estudio, en un encuentro en el Wissenschaftskolleg zu Berlin en 1988, abordó la comparación de los términos correspondientes en holandés, sueco, finlandés y turco; la variedad de significados, orígenes, connotaciones y dinámicas lingüísticas se hizo patente.



cuestión de la mujer”, la historia de las mujeres y los estudios de la mujer no pueden quedar reducidos al sexo como sinónimo de sexualidad, sino que deben abarcar todas las áreas de la sociedad, incluyendo sus propias estructuras. Por lo tanto, el concepto de género implica que la historia, en general, debe ser contemplada también como la historia de los sexos: como la historia del género (*Geschlechtergeschichte*, *storia di genere* o *storia sessuata*, *histoire sexuée*).

De la misma manera que para muchas personas se ha hecho patente la necesidad de estudiar el género, éste, o los sexos, ha dejado de ser percibido como algo evidente: como una cuestión obvia o como algo dado a *priori*. Está claro que los conceptos, los presupuestos subyacentes y las consecuencias de la investigación histórica en términos de género deben ser creados, concebidos e investigados de nuevo, ya que no han formado parte del vocabulario historiográfico. Tanto es así que, por ejemplo, en los distintos volúmenes de la notable obra *Geschichtliche Grundbegriffe* (Conceptos históricos fundamentales) el artículo *Geschlecht* no aparece junto a términos tales como “trabajo”, “raza” o “revolución”, tampoco aparece “mujer” y, menos aún, “hombre”. A pesar de los siglos de especulación filosófica sobre los sexos, la palabra *Geschlecht* sigue sin aparecer en el *Historisches Wörterbuch der Philosophie* (Diccionario histórico de filosofía) y en el artículo dedicado a *Geschlechtlichkeit* (la sexualidad) encontramos otros términos como plasma celular, genes y hormonas.¹⁵

Con todo, la historia del género se niega a aceptar tanto su omisión como su reducción a un objeto de lo que parecen ser ciencias naturales. Porque, en primer lugar, hemos sabido apreciar que los espacios, las conductas y las actividades basadas en el género se hallan en todas las sociedades conocidas, y que las diferenciaciones de género existen en todos lados. Por otra parte, es cierto que las manifestaciones concretas de la diferencia de género no son las mismas en todas las sociedades; no son universales, y las variaciones que encierra el *status* del sexo femenino son tan diversas como las que se hallan en el *status* del sexo masculino. En segundo lugar, hemos aprendido a separar el problema de la diferencia fundada en el género del problema de las jerarquías basadas en él como, por ejemplo, las relaciones de poder entre los hombres y las mujeres. La diferenciación y las jerarquías no van siempre forzosamente unidas, y tampoco son idénticas: digamos que la división sexual del trabajo no comporta una división sexual de las recompensas sociales ni del poder. En tercer lugar, ha quedado claro que la percepción de los investigadores y de las investigadoras, que en su mayoría proceden de Europa Occidental o de Norteamérica, está a menudo íntimamente determinada por las relaciones de género de sus propias culturas, por el muy extendido etno o eurocentrismo, y por criterios discrepantes acerca del *status* y la emancipación de las mujeres. Las percepciones actuales de los sexos y los términos utilizados para describirlas son en gran medida producto de la historia de la cultura, la ciencia y de las

¹⁵ Otto Brunner, Werner Conze y Reinhart Koselleck, eds., *Geschichtliche Grundbegriffe*, Stuttgart, Klett Verlag, 1972-1984, vol. I-V; Joachim Ritter, ed., *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1974, p. 443.



mismas relaciones de género, sobre todo desde el siglo XVIII.¹⁶ De aquí que los sexos y sus relaciones deban ser contemplados como entidades sociales, políticas y culturales, y no puedan quedar reducidos a factores ajenos a la historia ni, mucho menos, a una simple y uniforme causa primaria o intrínseca.

Cuando en este contexto hablamos del género como “categoría”, nos referimos a una imagen intelectual, a un modo de considerar y estudiar a las personas, a una herramienta analítica que nos ayuda a descubrir áreas de la historia que han sido olvidadas. Es una forma conceptual de análisis sociocultural que desafía la ceguera que la tradición historiográfica ha demostrado respecto al sexo. Ahora bien, hay que señalar que la categoría de género es específica del contexto, depende de él, y como tal debe ser concebida.¹⁷ Y aun cuando las posibilidades que ofrece son, sin duda, fundamentales para llegar a una comprensión más profunda de virtualmente todos los fenómenos históricos, en ningún caso debería ser utilizada como un molde estático, o una especie de mito de los orígenes útil para explicar el panorama de los acontecimientos históricos. Su poder no reside en la eliminación -por reducir la historia a un modelo- sino en la iluminación, porque es un medio de explorar la variedad y la variabilidad histórica. El género es una “categoría”, no en el sentido de afirmación universal sino, como sugiere el origen griego de la palabra, en el sentido de objeción y acusación pública, de debate, protesta, procedimiento y juicio.¹⁸

Esta objeción pública se dirige ante todo a la categoría de “biología”, un modelo estático y reduccionista que, por lo tanto, no es más que un gran obstáculo para la comprensión histórica. A fin de tomar el género como una categoría sociocultural seria, los historiadores deban eliminar la categoría de “biología” y abandonar las nociones que se desprenden de ella. Esto significa, en el lenguaje común de las historiadoras que se dedican al estudio de las mujeres en la cultura y la sociedad, olvidarse de tal palabra. El libro de Mireille Laget, *Naissances*, es un buen ejemplo de cómo tratar un tema fuertemente ligado al cuerpo de la mujer sin recurrir a la biología.¹⁹ Los estudios críticos

¹⁶ Carol MacCormack y Marilyn Strathern, eds., *Nature, Culture and Gender*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980; Sherry B. Ortner y Harriet Whitehead, eds., *Sexual Meanings: The Cultural Construction of Gender and Sexuality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981; Martine Segalen, *Mari et femme dans la société paysanne*, París, Flammarion, 1980; Rayna Rapp, “Anthropology”, en *Signs*, 4, 1979, pp. 497-513; Louise Lamphere y Michele Z. Rosaldo, eds., *Woman, Culture and Society*, Stanford, Stanford University Press, 1974; Nicole-Claude Mathieu, *Ignored by Some, Denied by Others. The Social Sex Category in Sociology*, Londres, Women’s Research and Resources Centre, 1978; Gianna Pomata, “La storia delle donne: una questione di confine”, en *Il mondo contemporaneo: Gli strumenti della ricerca*, Giovanni de Luna et al., eds. Florencia, La Nuova Italia, 1983, pp. 1434-69; Susan Carole Rogers, *op. cit.*

¹⁷ Jane Flax, “Gender as Problem; In and For Feminist Theory”, en *Amerikastudien/American Studies*, 31, 1986, pp. 193-213; Scott, *op. cit.*; edición especial de *Nuova donnawomanfemme*, 22, 1983, pp. 12, 43, 131; Sandra Harding, “The Instability of the Analytical Categories of Feminist Theory”, en *Signs*, 11, 1986, pp. 645-64.

¹⁸ Para un análisis del término griego véase Klaus Heinrich, *Tertium datur. Eine religionsphilosophische Einführung in die Logik*, Basilea y Frankfurt, Stroemfeld y Roter Stern Verlag, 1981, pp. 36-40, 195.

¹⁹ Mireille Laget, *Naissances: L'accouchement avant l'âge de la clinique*, París, Seuil, 1982, cfr., Françoise Thébaud, *Quand nos grand-mères donnaient la vie. La maternité en France dans l'entre-deux-guerres*, Lyon,



referidos justamente a los personajes y procesos históricos que se sirvieron de la “biología” (por ejemplo el nacionalsocialismo alemán) deberían analizar y traducir este término, en lugar de limitarse a repetirlo.

Conceptualmente hablando, se debe reconocer que, por lo general, el uso más corriente de la palabra “biología” en los escritos históricos no se refiere en realidad -según pretende sugerir el término- a algo ajeno a toda relación social, a algo presocial, ni, menos aún, a un objeto de las ciencias naturales, sino que constituye, en sí misma, una categoría sociocultural que ha marcado y distorsionado la percepción y la relación de los sexos, al mismo tiempo que la de otros grupos. El vocablo *biology*, inventado por los hombres alemanes y franceses de principios del siglo XIX que se dedicaban a la erudición, adquirió más tarde muchos significados distintos, algunos de los cuales ya han desaparecido. Se puso en circulación y se extendió en el período del cambio de siglo, primero en los países de habla alemana e inglesa, después en las lenguas romances, especialmente en el contexto del debate que se desarrolló en esa época sobre el tema “naturaleza contra crianza”.²⁰ La biología antes no existía, y los términos utilizados para describir el sexo femenino tenían un carácter y un contexto distinto a éste más reciente de la biología vinculada al género. En el siglo XX, la palabra biología llegó a formar parte del lenguaje normal tanto de la derecha como de la izquierda. A pesar de ello, es significativo que el movimiento de mujeres anterior no la utilizara, y que, por lo regular, expresara las ideas del género, incluso las relativas a la maternidad, en términos culturales.

Hoy, la biología tiene tal variedad de significados que el uso que los historiadores hacen del término es más confuso que esclarecedor. Puede referirse a las ciencias naturales, en particular a la genética, campo profesionalmente ajeno al historiador. Se aplica además a los objetos de estas ciencias, que abarcan desde la vida y la muerte hasta la anatomía y los cuerpos, los genes y el cerebro, desde las plantas y los cultivos biológicos hasta los animales y los seres humanos. Hoy día, se plantea incluso el problema de si una madre biológica es la madre genética o la madre embarazada. La biología puede aludir a una manera de pensar y actuar sobre los seres humanos y los seres vivos, sobre la materia y la energía, incluyendo desde el determinismo hasta el cambio fisiológico. A partir del período en que la expresión *biology* llegó a estar en uso, sobre todo en este último sentido, hizo referencia a una constante inherente e invariable

Presses Universitaires de Lyon, 1986; Yvonne Knibiehler y Catherine Fouquet, *L'histoire des mères du moyen-âge à nos jours*, París, Editions Montalba, 1980; véase también el artículo “maternité” de Knibiehler en la *Encyclopédie philosophique*, Sylvain Auroux, ed., de próxima aparición.

²⁰ Esta expresión, igual que “eugenismo”, había sido acuñada por Francis Galton. Para el término “biología” véanse los diccionarios lingüísticos, *The Oxford English Dictionary*, *Grand Larousse de la langue française*, *Duden. Das grosse Wörterbuch der deutschen Sprache*, *Vocabolario della lingua italiana*. Es significativo que los diccionarios que tratan el asunto en cuestión utilizan el término “biología” de un modo anacrónico y lo aplican a la filosofía natural, la botánica, la zoología, y la filosofía humana desde la antigüedad, sin mencionar cuándo fue inventado y utilizado, p. ej., Philip P. Wiener, ed., *Dictionary of the History of Ideas*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1968, vol. I, pp. 229-46.



que se hallaba oculta tras los fenómenos culturales (como sucedió a menudo, aunque no siempre, con el concepto *nature*). Por último, también implica, incluso es posible que con mayor frecuencia, una perspectiva de cambio social a través de la intervención “biológica”, léase corporal.

El carácter sociocultural de la noción de “biología” se hace visible en distintos niveles. Comporta un claro prejuicio de género, puesto que normalmente se utiliza cuando se habla del sexo femenino, pero no del masculino. Jean-Jacques Rousseau, por ejemplo, apuntó algo parecido mucho antes de que la biología existiera, si bien en términos exclusivamente culturales: “El macho es macho sólo en ciertos momentos, la hembra es hembra toda su vida” (pero fue lo suficientemente cauto para añadir una pequeña, aunque reveladora, reserva: “... o, al menos, mientras es joven”).²¹ La biología es una metáfora moderna de una vieja creencia: que los hombres carecen de género y las mujeres son seres con género, que los hombres son el sexo “principal” y las mujeres el “otro sexo” o incluso, como en el siglo XIX, “el sexo”.

Por encima de todo, esta apreciación comporta un juicio de valor. La biología puede estar cargada de esperanzas y miedos, puede ser considerada como un obstáculo o un recurso; tiene contenidos específicos aunque variables. El contenido que más poder ha tenido histórica y políticamente es el que entraña un juicio negativo sobre el valor humano; la biología es, de este modo, una metáfora de lo que carece de valor, de lo inferior (*Minderwertigkeit*). Esa es la razón de que haya sido aplicada a las esferas y actividades de las vidas de las mujeres que se juzgan inferiores a las de los hombres, esferas y actividades como el parto, la crianza y las labores domésticas, que no cuentan como trabajo, a pesar de que *Gebärrarbeit* (“el trabajo del parto”) fue una expresión común de la ginecología alemana tradicional, y de que en inglés, francés e italiano se utiliza la palabra trabajo como sinónimo de parir (*labour, travail, travaglio*).

Este uso del término *biology* parte de la convicción de que las diferencias entre las personas justifican la desigualdad social y política, y de que la igualdad debería ser otorgada únicamente a los que son físicamente iguales. El problema de la biología es evidentemente un problema de relaciones económicas, sociales y culturales entre los sexos: “la peculiar disposición según la cual muchas mujeres reciben recompensas económicas a cambio de su contribución social (atención a los hijos, creación del hogar, y trabajos de comunidad) sólo de manera indirecta, a través de los ingresos de sus maridos, no es, ni en un sentido moral ni práctico, una consecuencia necesaria del

²¹ Jean-Jacques Rousseau, *Emile ou De l'éducation*, en *Œuvres Complètes*, vol. III, París, Seuil, 1971, p. 245. Sobre las complejas y variables concepciones de los sexos y de sus relaciones en Rousseau, cfr. Jean Bethke Elshtain, *Public Man, Private Woman: Women in Social and Political Thought*, Princeton, Princeton University Press, 1981, cap. 4; Jean Bethke Elshtain, *Meditations on Modern Political Thought: Masculine/Feminine Themes from Luther to Arendt*, Nueva York, Praeger, 1986, cap. 4; Maurice Bloch y Jean H. Bloch, “Women and the Dialectics of Nature in 18th Century French Thought”, en *Nature, Culture and Gender*, véase nota 16, pp. 25-41; Joel Schwartz, *The Sexual Politic of Jean-Jacques Rousseau*, Chicago, University of Chicago Press, 1984; Sylvana Tomaselli, “The Enlightenment Debate on Women”, en *History Workshop Journal*, 20, 1985, pp. 101-24.



hecho (en el supuesto de que fuera un hecho) de que las mujeres estén biológicamente mejor dotadas que los hombres para cuidar a los hijos”.²² No es la anatomía el motivo de que las remuneraciones a esas mujeres sean inferiores, sino la cultura disfrazada de *biology*, o de juicios de valor biológicos.

Que la biología es primordialmente un juicio de valor se hace además visible cuando, en un principio, el hecho de pensar en términos de biología no tuvo que ver únicamente con las mujeres, sino también con otros fenómenos que acabaron siendo excluidos de lo social: pongamos por caso el problema de los dementes y los débiles mentales, de los enfermos, de la vida y la muerte, de los rasgos hereditarios (genéticos o de otro tipo), del cuerpo y de la corporalidad, de los grupos étnicos y las razas. Se podría decir que la aparición de la biología como una categoría sociocultural y una perspectiva de intervención social se extendió, desde finales del siglo XIX, a todos aquellos fenómenos que traspasaban los límites de lo que tradicionalmente se entendía por “cuestión social”, y de los temas que podían ser entendidos en el marco de la ciencia y la política social tradicionales. En este sentido, el criterio racista de la biología es iluminador, sobre todo en lo que se refiere a la versión sexista, pues los dos se desarrollaron simultáneamente y se solaparon.

Es evidente que los negros no son físicamente iguales a los blancos en todos los aspectos, sino que son distintos en uno. Es evidente que las mujeres no son físicamente iguales a los hombres en todo sino que, por el contrario, son distintas en cuatro o cinco aspectos. Pero esta diferencia parcial y física no es el motivo ni la explicación de la relación entre los blancos y las razas “extrañas”, o entre uno y el “otro” sexo: “la Biología en sí misma es muda”.²³ El sexismo y el racismo no son consecuencia de diferencias físicas, antes bien, ciertas diferencias físicas se utilizan para legitimar las relaciones sociales ya existentes y, en concreto, las relaciones de poder. De modo que las, así llamadas, diferencias biológicas se convierten en metáforas de las formas de vida que son, en realidad o pretendidamente, diferentes. Tanto el racismo como el sexismo modernos clasifican al grupo “extraño” o al “otro” grupo como inferior, negándole no sólo el derecho a ser igual, sino también -y esto es probablemente más importante- el derecho a ser diferente sin que se le castigue por ello. En otras palabras, se discrimina a aquellos que real o presumiblemente viven, deben vivir, o quieren vivir de un modo

²² Helen H. Lambert, “Biology and Equality”, en *Signs*, 4, 1978, pp. 97-117, esp. pp. 11-6.

²³ Rapp, *op. cit.*, p. 503. Para una crítica desde el punto de vista filosófico, cfr. Flax, *op. cit.*; “El género no es la biología pero la biología tampoco es lo ‘natural’”, p. 706. Para una crítica científica, véase Anne Fausto-Sterling, *Myths of Gender, Biological Theories about Women and Men*, Nueva York, Basic Books, 1986; Ethel Tobach y Betty Rossof, eds., *Genes and Gender*, vol. I; Ruth Hubbard y Marian Lowe, eds., *Genes and Gender*, vol. II, Nueva York, Gordian Press, 1978, 1979; Ruth Hubbard, Mary Sue Henifin y Barbara Fried, eds., *Women Look at Biology Looking at Women*, Cambridge,chenkman, 1979; Ruth Bleier, *Science and Gender. A Critique of Biology and its Theories on Women*, Nueva York, Pergamon Press, 1984; Evelyn Fox Keller, *Reflections on Gender and Science*, New Haven, Yale University Press, 1985; Ruth Hubbard y Marian Lowe, eds., *Woman’s Nature, Rationalizations of Inequality*, Nueva York, Pergamon, 1963.



distinto (por lo que respecta al cuerpo, la mente, las emociones, es decir a la cultura) al del grupo que dicta las normas y los valores culturales.²⁴

Algunos historiadores y (socio) biólogos se han esforzado recientemente en buscar y, claro está, en encontrar la biología en la historia, y, una vez más, no se trata sólo, ni mucho menos, de conservadores o reaccionarios.²⁵ Incluso en los estudios feministas y de mujeres, ha llegado a ser normal identificar el cuerpo femenino, sus actividades y todo lo que se relaciona con él, como biología. En la mayoría de los casos, esta biología alude simplemente a la maternidad: así sucede, por ejemplo, en el proyecto de eliminación de la biología femenina, particularmente por medio de los bebés probeta, para conseguir una supuesta igualdad entre los sexos.²⁶ También las historiadoras utilizan el mismo lenguaje y concepto cuando afirman que el mayor obstáculo a la liberación de las mujeres se encuentra en sus *fatalités biologiques*, sobre las que pretendidamente se funda el dominio del varón, y que las mujeres deben, de un modo u otro, emanciparse de su biología.²⁷ A pesar de todo, estos valores y criterios son peligrosos, en parte porque con la ciencia moderna de la biología pronto se podría prescindir de la “biología” femenina demasiado fácilmente. Podría recordar el comentario que Hannah Arendt hizo en 1972 sobre este tipo de emancipación o igualdad: “La pregunta que de verdad hay que hacerse es: ¿qué perdemos si ganamos?”²⁸

²⁴ Véase Margaret Wright, “I Want the Right to be Black and Me”, en *Black Women in White America*, Gerda Lerner, ed., Nueva York, Random House, 1972, p. 608: “En el movimiento de liberación de la mujer negra no queremos ser iguales a los hombres, del mismo modo que en el movimiento de liberación negro no luchamos por ser iguales al hombre blanco. Luchamos por el derecho a ser diferentes sin que se nos castigue por ello”. El movimiento de mujeres judías alemán no sólo luchó por la igualdad como judías y como mujeres, sino por su derecho a ser diferentes como judías y como mujeres; véase Marion Kaplan, *The Jewish Feminist Movement in Germany. The Campaigns of the Jüdischer Frauenbund 1904-1938*, Westport, Greenwood Press, 1979; consúltese también, *The Future of Difference*, referencia en nota 6; Nicholas W. Kittrie, *The Right To Be Different: Deviance and Enforced Therapy*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1971.

²⁵ La conferencia de la Asociación de Historiadores Alemanes de 1984 reunió en Berlín a un numeroso grupo de historiadores (varones) en torno al tema “Historia y Biología”. En sus esfuerzos por hallar una explicación biológica tocaron aspectos como las percepciones del tiempo y el espacio, las reacciones negativas frente a la gente de “diferente índole”, el “dualismo sexual” de la sociedad, el movimiento pacifista de mujeres que se desarrolló alrededor de la Primera Guerra Mundial, las emociones y el intelecto, la dimensión subjetiva de la historia, “el lenguaje del cuerpo”, e incluso las relaciones de igual sexo entre las mujeres. A la conferencia acudió también un amplio grupo de historiadores especializados en la historia de las mujeres (el primero de este tipo que se vio representado en los encuentros de dicha asociación), pero no abordó tema de la “biología”. Curiosamente ambos grupos fueron reunidos en la conferencia general con el título de “antropología”. Los artículos sobre la historia de las mujeres están publicados en *Journal für Geschichte*, 2, 1985, los que versaron sobre “biología” están recogidos en *Saeculum*, 36/1, 1985.

²⁶ Shulamith Firestone, *The Dialectic of Sex. The Case for Feminist Revolution*, Toronto y Nueva York, Bantam, 1970; Sayers, p. ej., *Biological Politics*, Londres, Tavistock, 1982, llama “biología a cualquier cosa que tenga alguna relación con el cuerpo de la mujer”.

²⁷ Yvonne Knibiehler, “Chronologie et Histoire des femmes”, en Michelle Perrot, ed., *op. cit.*

²⁸ Citado por Elisabeth Young-Bruehl, *Hannah Arendt. For Love of the World*, New Haven, Yale University Press, 1982, p. 523; sobre los bebés probeta: Hannah Arendt, *The Human Condition*, Chicago, University of Chicago Press, 1958, p. 2.



Aún más importante para el pensamiento histórico es, sin embargo, el problema de que dichos criterios y valores resultan, cuando se proyectan hacia el pasado, anacrónicos, y dejan de hacer justicia a las experiencias concretas que las mujeres han tenido en la historia y de la historia a un tiempo. Las 200.000 mujeres, por poner un ejemplo, que fueron esterilizadas en la Alemania nacionalsocialista no experimentaron en modo alguno esta extirpación de sus *fatalités biologiques* como una liberación. Su caso, igual que el de muchas otras víctimas del nacionalsocialismo, demuestra, sin lugar a duda, que la biología sexista y racista abría una perspectiva de cambio social a través de medidas biológicas, a través de la intervención en el cuerpo y en la vida. Es más, el hecho de que varios miles de mujeres murieron a consecuencia de la esterilización obligatoria no se debió a la biología femenina. Fue, por el contrario, el resultado de las relaciones de poder entre los agentes del racismo nazi, en su mayoría hombres, y sus víctimas, la mitad de las cuales eran mujeres.²⁹ Y si, en tales casos, los historiadores no deberían imputar la incapacidad de engendrar y la muerte a la biología, el hecho de parir no debería ser atribuido a los condicionantes biológicos sino a las relaciones de género.³⁰

La frecuente reducción, tanto por parte de las feministas como de las afeministas, del cuerpo de la mujer y todo lo relacionado con él, en concreto de la maternidad, a la “biología” o al “sexo biológico” es engañosa porque oscurece lo que la historia de las mujeres y del género está intentando hacer visible: las formas concretas, múltiples y variables de la experiencia, la actividad y la representación corporales de los hombres y de las mujeres, que no son fáciles de separar de otros tipos de experiencia, actividad y representación.³¹

Encontramos esta misma y peligrosa reducción en la teorización de la dicotomía entre el “sexo (biológico)” y el “género (social)”, y en la hipótesis de la “transformación del sexo biológico puro en género”, incluyendo el consiguiente debate sobre qué aspectos, y en qué medida, se deben atribuir a uno o a otro.³² Esta distinción de sexo/género no resuelve sino que repite, para los sexos, la polémica más amplia de

²⁹ Gisela Bock, *Zwangssterilisation im Nationalsozialismus: Studien zur Rassenpolitik und Frauenpolitik*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1986, cap. VII.

³⁰ Nuto Revelli, *L'anello forte. La donna di vita contadina*, Turín, Einaudi, 1985. Un excelente ejemplo de historia oral; recoge entrevistas con campesinas del Nordeste de Italia, muchas de las cuales cuentan cómo se han visto obligadas por los maridos a tener más hijos de los deseados, porque tener hijos formaba parte del honor masculino.

³¹ Véase, p. ej., Susan R. Suleiman, ed., *The Female Body in Western Culture*, Cambridge, Harvard University Press, 1986; “The Making of the Modern Body: Sexuality and the Social Body in the 19th Century”, en la edición especial de *Representation*, 14, 1986; Gisela Bock y Giuliana Nobili, eds., *Il corpo delle donne: immagini e realtà storiche*, Ancona, Il lavoro editoriale, 1987; Julia Epstein, *The Woman in the Body: A Cultural Analysis of Reproduction*, Boston, Beacon Press, 1987; Elisabeth Spelman, “Woman as Body. Ancient and Contemporary Views” en *Feminist Studies*, 8, 1982, pp. 109-31; Elisabeth Spelman, “Theories of Race and Gender/Erasure of black Women”, en *Quest*, 5, n.º, 4, 1982. pp. 36-62.

³² Citas extraídas de Gayle Rubin, “The Traffic in Women”, en *Toward and Anthropology of Women*, Rayna R. Reiter, ed., Nueva York, Monthly Review Press, 1975, pp. 157-210.



“naturaleza contra crianza”. Y es ambivalente y arriesgada porque, al mismo tiempo que propone el género como categoría sociocultural, reduce el sexo a una categoría “biológica” y, por lo tanto, confirma las ideas tradicionales del género. A menudo, y por buenos motivos, la dicotomía ha resultado ser analítica y empíricamente falsa. Incluso prestigiosas teóricas se dan cuenta de ello, pero insisten en que no puede ser desestimada debido al temor político de una reacción de determinismo biológico.³³ Sin embargo, es posible que las razones políticas que nos hacen renunciar a importantes hallazgos intelectuales, no nos lleven a los mejores resultados políticos para las mujeres. Puede que sea el momento de comprender -sobre todo en vista de un pasado cada vez mejor conocido- que el cambio de las condiciones socioculturales no es en absoluto más fácil ni más rápido que el de aquellas que se denominan biológicas. Se debería comprender que tanto la dicotomía sexo/género como la reacción biológicamente determinista parten del supuesto contrario: que las condiciones socioculturales son susceptibles de cambiar mientras la biología permanece inmutable.

En cualquier caso, los motivos políticos que impiden profundizar en los planteamientos teóricos no conducen a una mejor comprensión histórica. Por lo que se refiere al estudio del pasado, parece más útil prescindir de la “biología” y utilizar el género de una manera extensa: abarcando no sólo esa parte de la vida de las mujeres y de los hombres que se muestra claramente como un producto cultural, sino también esa otra parte que queda, o se supone que queda, al margen de la cultura. Así, y no de otro modo, puede el género convenirse en una categoría histórica en el sentido amplio de la palabra.

En cuanto al impacto y al poder del mundo material y corpóreo existente dentro y fuera de nosotros, que parece resistirse a la razón humana y al razonamiento histórico, deberíamos ser capaces de encontrar otras palabras que no sean las dictadas por la tradición biológica. Precisamente podemos hallar algunas en esos estudios históricos que a veces se apuntan como estudios centrados en la biología de la mujer (tales como la historia de la maternidad, el parto, las comadronas, las nodrizas, las prostitutas) y que han demostrado que la cultura y la historia conforman el cuerpo femenino (al igual que el masculino).³⁴ Con toda seguridad, no es éste un dominio de la biología, sino de las mujeres y de la historia del género.

³³ Harding, *op. cit.*, p. 662. Hay que tener en cuenta además que en el vocabulario de muchos idiomas, a diferencia del inglés, no se distingue entre sexo/género; véase nota 14.

³⁴ P. ej., Laget, *op. cit.*, Thébaud, *op. cit.*: Knibiehler, *op. cit.*, edición especial de *Quaderni Storici*, 44, 1980: “Parto e maternità”; Catherine M. Scholten, *Childbearing in American Society, 1650-1850*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1985; Fanny Say-Salloy, *Les nourrices à Paris au XIXème siècle*, Paris, Payot, 1980; Christiane Klapish-Zuber, “Parents de sang, parents de lait: la mise en nourrice à Florence 1300-1530”, en *Annales de Démographie Historique*, Paris, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 1983, pp. 33-64; Volker Hunecke, *Die Findelkinver von Mailand*, Stuttgart, Klett Verlag, 1987; Annarita Buttafuoco, *Le Mariuccine. Storia di un 'istituzione laica - L'Asilo Maruccia*, Milán, Angeli, 1985; Claudia Pancino, *Il bambino e l'acqua sporca. storia dell' assistenza al parto dalle mammane alle ostetriche, secoli XVI-XIX*, Milán, Angeli, 1984; Mary Gibson, *Prostitution and the State in Italy, 1860-1915*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1986; Judith E. Walkowitz, *Prostitution and Victorian Society: Women, Classe and the*



El género o las relaciones sociales, culturales e históricas

El género, o los sexos, no se refiere a uno o varios fenómenos concretos, sino que alude, por el contrario, a un conjunto complejo de relaciones y procesos. Es preciso “pensar en relaciones”³⁵ si se quiere entender el género no sólo como una categoría analítica, sino como una realidad cultural, tanto del pasado como del presente. El género, así considerado, tiene implicaciones para todos los tipos de historia que se practican hoy.

La historia de las mujeres o la historia del género

La percepción del género como una relación compleja y sociocultural implica que la acción de rastrear a las mujeres en la historia no es simplemente una búsqueda de cierto aspecto antes olvidado; es, más bien, un problema de relaciones entre seres y grupos humanos que antes habían sido omitidas. En palabras de la desaparecida antropóloga Michelle Zimbalist Rosaldo, “Se debe entender a las mujeres... en términos de relación [con las otras mujeres y con los hombres]...” no en términos “... de diferencia y separación”.³⁶ Rosaldo señalaba, de este modo, una dimensión interesante, a menudo ignorada, que va más allá de la ya obvia insistencia en que la historia de las mujeres sea integrada en la historia general a través del estudio de las relaciones entre las mujeres y los hombres. No sólo debemos estudiar las relaciones **entre** los sexos, sino también **dentro** de los sexos, las relaciones de las mujeres con los hombres, y de los hombres con las mujeres.

Muchas de las relaciones entre los hombres han sido objeto de escritos históricos, las que aparecen en la esfera política, militar, económica y cultural, y las que se dan entre parientes y amigos, pero en muy raras ocasiones han sido estudiadas como relaciones intragénero o en función de su impacto en las mujeres. Por otro lado, es además necesario contemplar las relaciones de las mujeres entre sí, y conocer las relaciones de conflicto y de solidaridad: entre las amas de casa y las sirvientas, las madres y las hijas, las madres, las comadronas y las nodrizas, las asistentes sociales y las pobres, las misioneras y las mujeres de los pueblos colonizados, entre las profesionales y entre las políticas. La historia del parentesco femenino, la amistad y el amor entre las mujeres se ha convertido en un área importante de investigación.³⁷ Y los estudios que

State, Cambridge, Cambridge University Press, 1980; Hydia Otis, *Prostitution in Medieval Society: The History of an Urban Institution in Languedoc*, Chicago, University of Chicago Press, 1985; Lyndal Roper, “Discipline and Respectability: Prostitution and the Reformation in Augsburg”, en *History Workshop Journal*, 19, 1985, pp. 3-28.

³⁵ Flax, *op. cit.*, p. 199; Scott, *op. cit.*

³⁶ Michelle Z. Rosaldo, “The Use and Abuse of Anthropology”, en *Signs*, 5, 1980, p. 409; también Perrot, *op. cit.*

³⁷ Carroll Smith-Rosemberg, *Disorderly Conduct: Visions of Gender in Victorian America*, Nueva York, Knopf, 1985; Martha Vicinus, *Independent Women: Work and Community for Single Women*, Chicago,



se han dedicado a ella normalmente han prestado gran atención a las relaciones de intragénero y a la significación que tienen para los hombres.

Durante la década de los ochenta, la insistencia en la necesidad de estudiar las relaciones entre los sexos, y especialmente entre las mujeres, llega a ser tanto más decisiva cuanto que el concepto de *género*, *Geschlecht*, *genere*, *genre*, amenaza con ponerse de moda; parece que se pretende descafeinar el desafío que supone la historia de las mujeres con la elaboración de una especie de discurso neutro sobre el género.³⁸ El inconveniente es que, si se olvida que el descubrimiento de las relaciones sociales, culturales e históricas, entre y dentro de los sexos, fue consecuencia de los estudios realizados por las mujeres sobre las mujeres y los hombres, nos habremos quedado muy lejos de nuestro objetivo, a saber, un enfoque de la historia general que no sea neutro con respecto al género sino que lo incluya. Porque la historia de las mujeres es la historia del género por excelencia.

Que los investigadores académicos siguen sin tener claro que la historia del género debe ser considerada también, y en el caso de las mujeres sobre todo, como una historia interna de los sexos, lo puso de manifiesto hace poco el prestigioso historiador británico Lawrence Stone. Como especialista, entre otras áreas, en *La familia, el sexo y el matrimonio*, ha estudiado un campo en el que las relaciones de género tienen una importancia conspicua, y en el que las mujeres representan a la mitad del grupo que debe ser sometido a análisis.³⁹ Pues bien, en su artículo “Only Women”, Stone se erige en un dios de los historiadores y se digna entregarles “Diez mandamientos” para escribir la historia de las mujeres, que se deben cumplir: “en cualquier época y lugar” (lo cual resulta más sorprendente tratándose de un historiador). Aunque en el primero: “No escribirás sobre las mujeres a no ser con relación a los hombres y a los hijos”, el autor reconoce con acierto que los nuevos métodos de estudio abordan fundamentalmente relaciones y la historia de esas relaciones, no alcanza a ver, sin

University of Chicago Press, 1985; Lillian Faderman, *Surpassing the Love of Men. Romantic Friendship and Love between Women from the Renaissance to the Present*, Nueva York, William Morrow, 1981; Leila J. Rupp, “‘Imagine My Surprise’: Women’s Relationships in Historical Perspective”, en *Frontiers. A Journal of Women’s Studies*, 5/3, 1980, pp. 61-70; edición especial de *Signs*, 9/4, 1984, y de *Nuova donnawomanfemme*, 10-11, 1979, pp. 23-24, 1985; Christine Stansel, “Revisiting the Angel in the House: Revisions of Victorian Womanhood”, en *The New England Quarterly*, vol. LX, n.º 3, 1987, pp. 466-83. Para los demás temas véase nota 34; Yvonne Verdier, *Façons de dire, façons de faire: La laveuse, la couturière, la cuisinière*, París, Gallimard, 1979; Patricia Hill, *The World Their Household. The American Foreign Mission Movement*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1985; Helen Callaway, *Gender, Culture and Empire: European Women in Colonial Nigeria*, Urbana, University of Illinois Press, 1987; Dorothee Wierling, *Mädchen für alles. Arbeitsalltag und Lebensgeschichte städtischer Dienstmädchen um die Jahrhundertwende*, Berlín, Dietz, 1987.

³⁸ Scott, *op. cit.*, p. 1056; Susan Magaray, “Australian Woman’s History in 1986”, en *Australian Historical Association Bulletin*, October 1987, pp. 5-12.

³⁹ No obstante, en el índice sólo aparece el artículo “Mujeres”, no el artículo “Hombres”, ya que los hombres cuentan como caso general y las mujeres como uno particular; Lawrence Stone, *Family, Sex and Marriage in England 1500-1800*, Penguin, Harmondsworth, 1979, 1.ª ed. 1977, pp. 447. El artículo mencionado es Lawrence Stone, “Only Women”, en *The New York Review of Books*, 32/6, April, 1985, p. 21.



embargo, que las mujeres no sólo están condicionadas por sus relaciones con los hombres sino también, y en la misma medida, por sus relaciones con el resto de las mujeres, que los niños no son seres sin género, y que la historia de los hombres debería, a su vez, incluir las relaciones de éstos con las mujeres.

La historia del género o la historia de los hombres

Examinar las relaciones de los hombres con las mujeres, significa considerar lo que previamente ha funcionado como objeto de la “historia en general” desde una perspectiva de género y, por lo tanto, en términos “específicos del varón”: la historia de los hombres como hombres. Mientras que las cuestiones relativas al género se han centrado principalmente en el sexo femenino, en “la cuestión de la mujer”, los hombres parecen estar por encima de las relaciones de género, en la medida en que las dominan. Y mientras que el imperativo de relacionar la historia de las mujeres con la de los hombres se ha convertido en un tópico, hasta el momento, casi nunca ha sido cierto.

La historia militar y bélica son buenos ejemplos al respecto. Se han ceñido exclusivamente a los hombres (y por buenas razones, ya que la guerra en el mundo occidental, al menos en Europa, ha sido generalmente una forma de confrontación directa entre grupos de hombres). A pesar de ello, no ha surgido en este campo ningún aspecto explícita y específicamente del varón, como, pongamos por caso, la conexión de esta esfera con la historia de la masculinidad. Por otra parte, las guerras han tenido una enorme significación para las mujeres y para las relaciones entre y dentro de los sexos. No tenemos sino que pensar en la gran carga sexual y de género que tienen los símbolos y lenguaje bélicos (pertenezcan éstos a guerras de liberación o civiles, a guerras ofensivas o defensivas), en las mujeres que iban tras los primeros ejércitos modernos de un campo militar a otro, en los movimientos pacifistas de mujeres antes, durante y después de la Primera Guerra Mundial, o en las nuevas formas de prostitución que aparecen en la Primera y Segunda guerras mundiales.⁴⁰

Los últimos años han sido testigos de la aparición de “estudios de los hombres” -en su mayoría realizados por varones- que abordan las relaciones entre ellos y con las

⁴⁰ Sandra M. Gibert, “Soldier’s Heart: Literary Men, Literary Women, and the Great War” en *Sings*, 8, 1983, pp. 422-50; también en Margaret R. Higonnet *et al.*, eds., *Behind the Lines: Gender and the Two World Wars*, New Haven, Yale University Press, 1987; Lela B. Costin, “Feminism, Pacifism, Internationalism and the 1915 International Congress of Women”, en *Women’s Studies International Forum.*, 5, 1982, pp. 301-15; Anne Wiltsher, *Most Dangerous Women: Feminist Peace Campaigners of the Great War*, Henley-on-Thames, Pandora, 1985; Carol R. Berkin y Clara M. Lovett, eds; *Women, War and Revolution*, Nueva York, Holmes and Meier, 1980; Carola Lipp, ed., *Schimpfende Weiber und patriotische Jungfrauen. Frauen im Vormärz und in der Revolution von 1948/49*, Moos y Baden-Baden, Elster Verlag, 1986, espec. parte 5: “Weiblichkeitssymbolic und Frauenallegorien in der Revolution”; Margaret R. Higonnet *et al.*, eds., *op. cit.*; Barton C. Hacker, “Women and Military Institutions in Early Europe”, en *Signs*, 6, 1981, pp. 643-71; Lise Hirshberg, *Women, War and Peace: A Selected Bibliography and Filmography*, New Brunswick, Institute for Research on Women, 1986.



mujeres. Algunos han analizado la relación entre la guerra y la imagen social de la masculinidad, y han subrayado que no se debe entender esta última como un “hecho biológico dado”. Lo que los estudios de las mujeres han demostrado viene ahora a ser confirmado por los de los hombres: que las pautas de género y las realidades de género no son idénticas y están sujetas a cambio histórico. Cierta historiador francés señala, por ejemplo, que, para los hombres del siglo XIX, la masculinidad no sólo significaba poder, sino también pena y sufrimiento. Otros estudios han centrado su interés en la paternidad. Entre ellos encontramos algunos -cuyos autores son hombres- que se inspiran en los llamamientos actuales a la participación del varón en las experiencias y las tareas femeninas (“Padres embarazados; cómo pueden los padres disfrutar y compartir las experiencias del embarazo y el parto”) o a la defensa de los “derechos de los hombres”, tendencia esta última que no se limita a corresponder a las reivindicaciones feministas de los derechos de la mujer, sino que, como cabía esperar, entra en liza con ellas.⁴¹ Aunque todos estos estudios han servido para dilucidar ciertos temas, todavía queda mucho por hacer, particularmente en el campo de la historia.

Lo que a menudo sigue considerándose como “historia de las mujeres” a saber: las formas en que los filósofos y otros pensadores famosos -es decir, hombres- han pensado sobre las mujeres, los sexos, la sexualidad y la familia, debe entenderse, de hecho, como historia de los hombres. Y es historia de los hombres, no de las mujeres, por razones que ya han sido discutidas en muchas esferas distintas: pongamos por ejemplo el hecho de que estos escritos presenten fundamentalmente opiniones de los hombres sobre las mujeres, que su imagen de los sexos, lejos de ser descriptiva, sea, la mayoría de las veces, normativa y proscriptora, y que las pautas que se fijan para las mujeres sean no sólo distintas a las de los hombres, sino también a las realidades de sus propias vidas. El estudio del pensamiento de los hombres sobre las mujeres ha resultado estar muy diversificado, y ha dejado a la luz muchas e inesperadas complejidades y contradicciones, tanto entre los diferentes filósofos como en el pensamiento individual de los hombres.⁴²

⁴¹ Véanse, p. ej., las críticas a las pensiones de manutención y a los derechos de las mujeres en la custodia de los hijos, logros obtenidos en gran parte gracias a los esfuerzos de los primeros movimientos de mujeres: Eugene R. August, *Men's Studies: A Selected and Annotated Interdisciplinary Bibliography*, Littleton, Libraries Unlimited, 1985, que incluye: “Men's Rights” pp. 38-42, “War and Peace”, pp. 39-56, “Women and Men”, pp. 74-84, “Masculinity”, pp. 85-104, “Expectant Fathers”, pp. 134-49; Alain Corbin, “Le ‘sexe en deuil’ et l’histoire des femmes au XIX^e siècle”, en Perrot, *op. cit.*; pp. 141-54; Loma Mckee y Margaret O’Brien, eds., *The Father Figure*, Londres, Tavistock, 1982; Daniel Roche, “L’amour paternel à Paris au XVIII^e siècle”, en *Annales de Démographie Historique*, París, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 1983, pp. 73-80; Jochen Martin, “Zur Stellung des Vaters in antiken Gesellschaften”, en Hans Sussmuth, ed., *Historische Anthropologie*, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1984, pp. 84 sigs.-109; Hurbertus Tellenbach, ed., *Vaterbilder* vol 4, Stuttgart, Kohlhammer, 1976-79; Yvonne Knibiehler, *Les pères aussi ont une histoire*, París, Fayard, 1987; Lillian S. Robinson, “The Man Question”, en *The Women's Review of Books*, 5, February, 1988, pp. 1-4; Michael S. Kimmel, ed., *Changing Men: New Directions in Research on Men and Masculinity*, Newbury Park, Sage Publications, 1987.

⁴² Véase nota 21; Susan M. Okin, *Women in Western Political Thought*, Princeton, Princeton University Press, 1979; Jean Bethke Elshtain, ed., *The Family in Political Thought*, Brighton, Harvester, 1982; Raoul



Estos estudios han contribuido, así mismo, a poner de relieve un problema de metodología que es específicamente histórico: la dificultad que plantea una historiografía que se limita a presentar y repetir las opiniones misóginas que los hombres han transmitido, oralmente o por escrito, a través de los siglos. Lo cual suele conducirnos desde una actitud de escándalo y denuncia hasta una cierta fascinación. Y corre el riesgo de ser anacrónico, puesto que rechaza el análisis de dichos testimonios en el marco concreto de su contexto y significado históricos, del sentido que tienen en la totalidad de la obra de un autor, y de los juicios que merecían por parte de las mujeres contemporáneas.⁴³

Los estudios de la historia del pensamiento que han dirigido su atención a las filósofas, menos numerosas y conocidas, o al pensamiento y los juicios de otras mujeres, tanto con respecto a las relaciones de género como a las de otro tipo, a menudo dejan al descubierto notables diferencias con los de los hombres. En este sentido cabría plantearse la línea central del pensamiento político de Hannah Arendt; “la natalidad” (el principio y la capacidad de los seres humanos para actuar de un modo nuevo, al margen de lo que pueda haber sucedido en la historia, en virtud de haber nacido) y su concepto de la pluralidad humana que veía simbolizada en la pluralidad de sexos, o bien recordar las reflexiones de Carol Gilligan sobre la “diferente voz” de las mujeres en lo que se refiere a los juicios morales.⁴⁴ Por lo tanto, la historia del pensamiento demuestra, a su vez, que la historia de los hombres como hombres únicamente llega a ser visible cuando se considera en relación a la historia de las

Mortley, *Womanhood: The Feminine in Ancient Hellenism, Gnosticism, Christianity, and Islam*, Sydney, Delacroix, 1981; Nicole Loraux, *Les enfants d'Athéna: idées athéniennes sur la citoyenneté et la division des sexes*, París, Maspero, 1981; Ian MacClean, *The Renaissance Notion of Woman: A Study in the Fortunes of Scholasticism and Medical Science in European Intellectual Life*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980; Arlene W. Saxonhouse, *Women in the History of Political Thought: Ancient Greece to Machiavelli*, Berkeley, California University Press, 1984; Heidemarie Bennent, *Galanterie und Verachtung. Eine philosophiegeschichtliche Untersuchung zur Stellung der Frau in Gesellschaft und Kultur*, Frankfurt, Campus, 1985; Thérèse Moreau, *La sang de l'histoire. Michelet, l'histoire et l'idée de la femme au XIX^e siècle*, París, Flammarion, 1982; Linda J. Nicholson, *Gender and History: The Limits of Social Theory in the Age of the Family*, Nueva York, Columbia University Press, 1986. Sobre el género en la ciencia, véase nota 23. Ludmilla Jordanova, “Natural Facts: a historical perspective on science and sexuality”; en MacCormack y Strathern, eds., *op cit.*, pp. 42-69; Louise M. Newman, ed., *Men's Ideas/Women's Realities: Popular Science, 1870-1915*, Nueva York, Pergamon, 1985.

⁴³ Arlette Farge, “Pratique et effets de l'histoire des femmes”, en Perrot, ed., *op. cit.*, pp. 30-1.

⁴⁴ Elshtain, *Meditations...*, pp. 110-12; Hannah Arendt, *The Human Condition*, Chicago, University of Chicago Press, 1958, pp. 7-15, 177-8, 247; Carol Gilligan, *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*, Cambridge, Harvard University Press, 1982. Véase también el animado debate sobre los sexos y sus relaciones a principios de la época moderna, en el que han tomado parte numerosas autoras: Conor Fahy, “Three Early Renaissance Treatises on Women”, en *Italian Studies*, 11, 1956, pp. 30-55; Ian MacLean, *Woman Triumphant. Feminism in French Literature 1610-1652*, Oxford, Clarendon, 1977; Katherine U. Henderson y Barbara F. MacManus, *Half Humankind. Contexts and Texts of the Controversy about Women in England 1540-1650*, Urbana, University of Illinois Press, 1985; la reedición de numerosas fuentes con comentario histórico y filosófico, en Elisabeth Gossmann, ed., *Archiv für philosophie und theologiegeschichtliche Frauenforschung*, 1984-88, vols 1-4.



mujeres y al pensamiento de las mujeres, esto es, desde la perspectiva de la historia del género.

La historia del género y la historia social

Si estimamos que la historia de las mujeres y del género es una historia de relaciones sociales, no podemos sino pensar en su relación con la historia social. Dado que el género es una categoría social y que los sexos son entidades sociales, toda historia de las mujeres y del género es, en cierto sentido, historia social. Pero esta definición está en completo desacuerdo con lo que desde los años sesenta se ha denominado “nueva historia social”, cuyo objeto clásico de estudio es las clases (sociales). Así pues, lo social se considera esencialmente en términos de estratificación de clase, y la historia en general se percibe como historia de la sociedad, determinada por la estructura de clase. Por lo tanto, la historia social tradicional, desde el punto de vista de las mujeres, parte de una concepción de “lo social” demasiado restringida. El símil que frecuentemente se establece entre la idea de “lo social” y “lo relativo a la clase” o “lo específico de la clase” (con frecuencia expresado en términos de “sexual y social”) es en parte responsable de la opinión según la cual las demás relaciones sociales (por ejemplo, las que se dan entre las razas o entre los sexos) no son algo social sino pre-social, o incluso “biológico”.

Durante los últimos años, los historiadores han debatido con frecuencia la relación entre clase y género. Y, la mayor parte de las veces, se ha afirmado que la clase era más importante que el género; como argumentaba un prestigioso historiador:

“Después de todo, es posiblemente cierto que, en momentos concretos, sí que se den algunos rasgos comunes de relevancia entre las mujeres como mujeres. Sin embargo, para la comprensión de la propia existencia práctica, para las experiencias y los intereses de la mayoría de las mujeres (a pesar de que sus vivencias de socialización y exclusión sean similares) han sido y son más importantes las manifestaciones concretas y sumamente variables que se originan en el seno de la clase. ¿Acaso no tenía la joven aristócrata educada que vivía en la capital del recién fundado Reich de Bismarck, mucho más en común con su hermano de la misma edad que con la viuda polaca, jornalera eventual que trabajaba durante el verano en Sajonia, que se encontraba en la extrema pobreza y no sabía ni leer ni escribir?”⁴⁵

Aunque, indudablemente, la imagen que nos presenta señala diferencias profundas y reales entre estas mujeres, lo hace recurriendo a aspectos que, de hecho **no** responden diferencias de clase. La noble es joven, la trabajadora, vieja; la noble es educada, la trabajadora no sabe ni leer ni escribir; la noble es soltera, la trabajadora,

⁴⁵ Jürgen Kocka, “Frauengeschichte zwischen Wissenschaft und Ideologie”, en *Geschichtsdidaktik*, 7, 1981, p. 104.



viuda; la noble es alemana, la trabajadora, polaca; la noble reside en la ciudad, la trabajadora vive en una zona rural. Pero la edad, el estado civil, el hecho de pertenecer a una etnia, a una nación, de vivir en un medio urbano o en un medio rural no son criterios de clase, como tampoco puede serlo la capacidad de leer y escribir a finales del siglo XIX. Si este retrato pretende demostrar que las mujeres pertenecientes a la clase trabajadora lo pasaban mal comparadas con las mujeres de la aristocracia, también podemos darle a vuelta y comparar, por ejemplo, a un ama de casa, joven, alemana, alegre, urbana, felizmente casada con un trabajador alemán, que gozaba de una relativa cobertura social, con una pobre viuda de la aristocracia rural polaca en decadencia. Si, en este caso, la imagen no dice nada sobre la relación entre la clase y el sexo, al menos, sí que revela algo distinto e importante: las diferencias que aparecen dentro de un mismo sexo son tan grandes como las que se hallan dentro de una misma clase.

En realidad, ni la clase ni el género se refieren a grupos homogéneos, menos aún a vínculos de solidaridad, pero ambos tienen un valor relevante como categorías que, específicas y dependientes de un contexto concreto, reflejan la realidad de las relaciones sociales, tanto entre los distintos grupos como dentro de cada uno de ellos. De aquí que la historia de las mujeres se ocupe asimismo de la clase, y que haya estudios importantes sobre las trabajadoras, las mujeres de los trabajadores, las burguesas y las aristócratas. Muchas de estas obras versan fundamentalmente sobre tres problemas a los que intentan dar solución: en primer lugar, que el concepto de clase no funciona igual para los hombres, en cuyo caso los criterios que rigen son los de su relación con el capital, la producción, el mercado, o el empleo, que para las mujeres, en las que lo fundamental es su relación con los hombres de su familia, concretamente con el marido y el padre; en segundo lugar, que la experiencia de clase (que en las mujeres incluye su trabajo para los otros miembros de la familia) es distinta y se fundamenta en el género; en tercer lugar está el problema de las relaciones entre las mujeres de las distintas clases, que pueden ser diferentes a las de los hombres.⁴⁶

En cuanto a que en la experiencia de clase existen diferencias cimentadas sobre el género, Clarissa Graves Percaval puede servirnos de ejemplo. Clarissa era descendiente de una de las familias aristócratas inglesas de más rancio abolengo y, en 1845, se casó con el famoso historiador burgués, Leopold Ranke. Como consecuencia de este matrimonio, el marido se convirtió en dueño de una propiedad de 2.300 libras y,

⁴⁶ Leonore Davidoff y Catherine Hall, *Family Fortunes: Men and Women of the English Middle Class, 1780-1850*, Londres, Hutchinson, 1987; Bonnie G. Smith, *Ladies of the Leisure Class. The Bourgeoises of Northern France in the 19th Century*, Princeton, Princeton University Press, 1981; Ruth Koeppen, *Die Armut ist weiblich*, Berlín, Elefanten Press, 1985; Judith L. Newton, Mary P. Ryan y Judith R. Walkowitz, eds., *Sex and Class in Women's History*, Londres, Routledge, 1983; Caroline Davidson, *Woman's Work is Never Done: A History of Housework in The British Isles, 1650-1950*, Londres, Chatto, 1982; Susan Strasser, *Never Done: A History of America Housework*, Nueva York, Pantheon, 1982; Ruth Schwartz Cowan, *More Work for Mother: The Ironies of Household Technology from the Open Heart to the Microwave*, Nueva York, Basic Books, 1986; Lyndal Roper, "Housework and Livelihood", en *German History*, n° 2, Primavera 1985, pp. 3-9; Glenna Matthews, 'Just a Housewife', *the Rise and Fall of Domesticity in America*, Nueva York, Oxford University Press, 1982.



de esa guisa, ha pasado a la historia no sólo como uno de los historiadores más importantes, sino también como uno de los más ricos.⁴⁷ Veinte años después, lo ennoblecieron, y este proceso, que no es sino un producto específico de clase, tenía, a su vez, clara implicaciones de género. Si Leopoldo hubiese sido mujer, y Clarissa, hombre, aquél habría sido menos rico, pero habría adquirido título de nobleza en el mismo instante de su casamiento. Mientras que un hombre podía lograr su condición de noble a su mujer burguesa, lo contrario no era verdad. Las mujeres nobles eran, por así decirlo, menos nobles que sus iguales varones (en este sentido, la noble berlinesa de la cita anterior era menos noble que el mencionado hermano).

Las relaciones de género y otras relaciones socioculturales

Considerar el género como una relación sociocultural más, nos permite ver los vínculos entre éste y otras muchas relaciones socioculturales bajo una nueva luz; además de la clase existen, por ejemplo, la raza, la edad, la sexualidad, la cultura, el lenguaje, la libertad, la religión, la familia, la economía. Lo mismo que en el debate de “la clase contra el género”, se ha entablado una especie de competición entre el género y otras dimensiones, de modo que no es precisamente la interacción de las distintas relaciones lo que se busca sino, por el contrario, aquello que se juzga más importante, más real o fundamental. Pongamos por caso, el séptimo mandamiento de Stone: “No exagerarás la importancia en el pasado del género sobre el poder, la condición social y la riqueza, aun cuando todas las mujeres experimentasen el mismo destino biológico”.

No obstante, la afirmación según la cual los factores ajenos -aparentemente- al género tienen más peso que los fundamentados en él (los “biológicos” para Stone) pasa por alto el hecho de que cada uno de esos factores ha tenido históricamente un significado distinto para las mujeres y para los hombres. Y esto es evidente en el caso del poder y de la riqueza. En el caso del poder porque, entre otras razones, los hombres han tenido normalmente mayor poder que las mujeres y, con ello, mayor poder sobre las mujeres. Bajo la superficie de las divisiones formales del poder entre los sexos, las mujeres han contado también con sus propias formas de poder, a menudo de carácter más informal; un poder (o, mejor dicho, unos “poderes”, como dicen las historiadoras francesas) de varios tipos, bien sea por participar del poder de los hombres, por tenerlo frente a otras mujeres, o por hacer valer su condición de mujeres. Los estudios del

⁴⁷ Gisbert Backer-Ranke, *Ranke's Ehefrau Clarissa geborene Graves Perceval*, Gotinga, Historischpolitische Hefte der Ranke-Gesellschaft, n.º 21, 1967, esp. p 5; para la significación de Ranke en la historia de las mujeres, véase Natalie Zemon Davis, “Scoperta e rinnovamento nella storia delle donne. Conferenza celebratiba del primo centenario dell ‘American Historical Association’ ”, en Benedetto Vetere y Paolo Renzi, eds., *Profili di donne: mito-immagine-realtà fra medioevo ed età contemporanea*, Lecce, Congedo editore, 1986, pp. 305-22.



género han hecho posible que el poder se presente como un fenómeno claramente diferenciado, una de cuyas formas de legitimación ha sido el género.⁴⁸

Por lo que respecta a la riqueza, las dimensiones del género son extraordinariamente claras. Las mujeres, como grupo social, han tenido unos ingresos económicos menores a los de los hombres, y esto se plasma, al menos durante los siglos XIX y XX, en tres hechos concretos: como trabajadoras domésticas o creadoras del hogar, no están remuneradas; como asalariadas de clase media y baja, tienen menos sueldo que los hombres de su clase; y en los escalones de renta más altos las mujeres constituyen sólo una pequeña proporción (por ejemplo, hoy en día, representan el cuatro por ciento de los profesores de historia de las universidades alemanas occidentales).

De aquí que cada relación sociocultural no tenga para las mujeres el mismo significado que para los hombres. Debemos, sin embargo, ir todavía más allá de esta conclusión y reconocer que cada una de las relaciones que se dan entre los seres humanos aparentemente ajenas al género está, **a su vez**, condicionada por las relaciones de género; el género es un factor integrante de todas las demás relaciones. La historia de la religión, desde los antiguos dioses hasta los del siglo XX, es incomprensible si se la considera al margen del género. Lo mismo sucede con las minorías étnicas, cuya historia del género ha sido estudiada particularmente en Estados Unidos; más reciente es la investigación que ha aparecido en Alemania sobre la historia de las judías y las gitanas, o de otras mujeres que han sido objeto de la discriminación racista. Dichas mujeres se diferencian no sólo de las que integran la mayoría, sino también de los hombres que pertenecen a sus respectivas minorías.⁴⁹

Por otro lado, el lenguaje del racismo tiene obsesión por los sexos y la sexualidad, y contiene una característica mezcla de sexualidad, sangre y violencia. Los

⁴⁸ Scott, *op cit.*, p. 1073; Michelle Perrot, ed., “Les femmes, le pouvoir, l’histoire”, en *op. cit.*, pp. 205-22; Dauphin, *et al. op. cit.*, pp. 282-9; Susan Carol Rogers, “Female Forms of Power and the Myth of Male Dominance”, en *American Ethnologist*, 2, 1975, pp. 727-56; Ruth Bordin, *Women and Temperance: The Quest for Power and Liberty 1893-1900*, Filadelfia, Temple University Press, 1981; Nancy F. Cott, *The Bonds of Womanhood*, New Haven, Yale University Press, 1977; Mary Ryan, *Cradle of the Middle Class*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

⁴⁹ Sobre la religión en la antigüedad, véase la bibliografía citada en la nota 2; Dorothy C. Bass, Sandra Hughes Boyd, *Women in American Religious History: An Annotated Bibliography and Guide to Sources*, Boston, G. K. Hall, 1986; Caroline Walker Bynun, *Jesus as Mother. Studies in the Spirituality of the High Middle Ages*, Stanford, University of California Press, 1982; Aviva Cantor, *The Jewish Woman, 1900-1985: A Bibliography*, Fresh Meadows, Biblio Press, 1987; Jacqueline Jones, *Labor of Love, Labor of Sorrow: Black Women, Work and the Family from Slavery to the Present*, Nueva York, Basic Book, 1985; Katharina Oguntoye, *et al.*, *Farbe dekennen Afro-deutsche Frauen. Auf den Spuren ihrer Geschichte*, Berlín, Orlanda, 1986; Caitrona Clear, “Walls Within the Walls: Nuns in 19th-century Ireland”, en *Gender in Irish Society*, Galway, Galway University Press, 1987; Doris Kaufmann, “Vom Vaterland zum Mutterland: Frauen im Katholischen Milieu der Weimarer Republik”, en *Frauen suchen ihre*, referencia en nota 5, pp. 250-75; Doris Kaufman, *Frauen zwischen Aufbruch und Reaktion: Protestantische Frauenbewegung in der 1. Hälfte des 20 Jahrhunderts*, Munich, Piper, 1988; Maxime S. Seller, *Immigrant Women*, Filadelfia, Temple University Press, 1981.



contemporáneos diagnosticaron muy acertadamente el antijudaísmo nacionalsocialista como “antisemitismo sexual”. Los historiadores del racismo europeo y, en especial, del alemán (para ser más concretos, los hombres que fueron víctimas suyas) han demostrado que, en la concepción del mundo racista, por persona “aria” o “nórdica” se entendía “occidental del sexo masculino”. El racismo no puede ser entendido si no se comprende su dimensión en el género, que no es sino uno de los factores que lo integran. Y así, invirtiendo los términos, el análisis de las relaciones de género o del sexismo incluye un análisis de las relaciones de raza o del racismo, es posible que obtengamos nuevas e inesperadas respuestas. Una de ellas podría ser que la política concreta del nacionalsocialismo hacia las mujeres no consistió, como normalmente se asume, en “la pronatalidad y el culto a la maternidad”, sino que, por el contrario, fue una política antinatal, un culto a la paternidad, a la virilidad ya la exterminación en masa tanto de las mujeres como de los hombres.⁵⁰

* * *

Así pues, la historia no consiste únicamente en la experiencia masculina, sino en la femenina también. No debería de ser estudiada solamente con criterios masculinos, o desde puntos de vista en apariencia impermeables al género, sino también con criterios femeninos y puntos de vista que incluyan el género. Esto no debería significar una simple inversión del postulado tradicional según el cual hay otras relaciones humanas más importantes que las de género, y, en consecuencia, la valoración del género sobre cualquier otro aspecto, si bien es cierto que fue la inversión lo que, en un principio, nos hizo perceptibles muchos hallazgos históricos. Al contrario: significa que las relaciones de género son tan importantes como el resto de las relaciones humanas, que están en el origen de todas ellas y las influyen. Y, a la inversa, que todas las demás relaciones humanas contribuyen y actúan en las relaciones de género.

Insistir en la hipótesis de que, por encima de las relaciones de género, hay otras que son fundamentales, es tanto ideológica como históricamente improductivo. Trae a la memoria la situación de Cassandra, la hija del rey, en la narración de Christa Wolf.⁵¹ En uno de sus sueños, Cassandra tenía que juzgar cuál de los dos: “la luna o el sol podía brillar con mayor intensidad”. Una humilde y sabia mujer le hizo ver que no era sensato “pretender dar respuesta a una pregunta totalmente absurda”. Cuando Cassandra

⁵⁰ Citas sacadas de Comité des Délégations Juives, eds., *Die Lage der Juden in Deutschland*, Frankfurt, Ullstein, 1983, 1ª edc. 1934, p. 468; George L. Mosse, *Toward the Final Solution: A History of European Racism*, Londres, Howard Fertig, 1978; Leon Poliakov, *Der arische Mythos*, Viena, Europaverlag, 1977, p. 317, Véase Bock, *op. cit.*, pp. 17-8, 136, 299-300, 461-65; Gisela Bock, “‘Difference’ and ‘Equality’: Gender Relations in Nazi Racism”, ponencia no publicada, 1987.

⁵¹ Christa Wolf, *Kassandra*, Darmstadt, Luchterhand, 1983, pp. 100-1, en mi traducción.



finalmente entendió que “tenía el derecho, quizás incluso el deber, de negarse”, había dado un paso crucial y liberador en la comprensión de su propia historia.

Agradecimientos

Deseo expresar mi gratitud a todos los estudiantes, compañeros y amigos que han contribuido al desarrollo de las ideas de este artículo y, en particular, a Liano Borghi, Leollore Davidoff, Nancy Hewitt, Jan Lambertz, Irmela von der Lühe, Lyndal Roper y Valeria Russo.